



OFICINAS DEL PERIÓDICO: Calle de... principal, Madrid. Se suscribe... todas las librerías y en la Administración. Se insertan anuncios y com...

NUUESTROS GRABADOS.

EL CASTILLO DE HEIDELBERG.

Heidelberg es una ciudad del gran ducado de Badén, en el círculo del bajo Rin, situada á 45 kilómetros N. E. de Carlsruhe, en la orilla izquierda del Neckar. Cuanta con una población de 18.000 habitantes. La Universidad de Heidelberg es la más famosa después de la de Praga; contiene ricas colecciones científicas. Hay también en la ciudad Instituto agrícola y forestal, escuela de agricultura, observatorio, gimnasio, jardín botánico; fábricas de tabaco, de cigarrillos, de azúcar, de papeles pintados, de planas metálicas, de instrumentos de música. El movimiento comercial en Heidelberg, es muy considerable. Entre las muchas curiosidades que Heidelberg encierra, merece particular mención su célebre castillo, situado 104 metros sobre el Neckar y 204 metros sobre el nivel del mar. Este castillo, edificado en época desconocida, ha sido conocido con el nombre de la Alhambra de Alemania.

Haciendo caso omiso de tan desvergonzados dichos, y pasando adelante, voy á entrar con vergüenza en el exámen de las diferentes apreciaciones que hace la necesidad en que vivimos de la vergüenza. Desde las primeras páginas de la historia antigua se encuentran sujetos de vergüenza, y avergonzados y desvergonzados y vergonzantes. Sansón demolió una sinagoga avergonzado de los errores de los filisteos, después de sufrir la vergüenza de verse afeitado por Dalila. Susana por poco sucumbe avergonzada de verse sorprendida, no ya en paños menores, sino en cueros mayores, por los viejos libidinosos y desvergonzados. Tavo Calígula la desvergüenza de hacer que su pueblo respetase como cónsul á su caballo; este ejemplo se ha imitado varias veces en el transcurso de los siglos con varios animales menores, para mayor alreata. Don Rodrigo murió avergonzado en el Gusdalete, por haber cometido la desvergüenza de propasarse con la Cava, que al decir de algunos historiadores, dió nombre á la Cava-baja de Madrid. Muerto de vergüenza salió de Granada Bombil el pequeño, llamado así por lo diminuto de su estatura, que no llegaba á la de los hombreritos de Pílas. La vergüenza ha servido en la historia de algunos siglos de poderoso móvil y de terrible castigo; yo convengo en que ya no se usa tanto en su ver-

dadera acepción, pero no estoy conforme con el dicho vulgar. La vergüenza, como todo, se ha subdividido en varias especialidades; la de vergonzantes es de las más numerosas. Analizando detenidamente las variedades de tan distinguida cualidad, se viene en conocimiento de su importancia. Es una condición equitativamente distribuida; todos tenemos vergüenza; cada cual toma la que necesita y deja el resto para las ocasiones apuradas. Manantial inagotable de grandes acciones, nadie se empobrece por mucha que desaparrame y prodigue; siempre queda un remanente, igual al poco más ó ménos á la cantidad de ella que se usa. La vergüenza es una espada de dos filos que, al decir de sus esgrimidores, es preciso manejar con mucha destreza para que no lastime al propio co-sechero. Cada ciudadano tiene su opinión respecto á tan magnífico don. La vergüenza espera el hombre político en adorno de los más estimables; pidan Vds. equilibrios á ciertos personajes y verán cómo lo primero que tratan de sacar á salvo es la vergüenza. Vice-versa; pidan Vds. vergüenza á ciertos hombres políticos, y lo único que conseguirán será que les tachen de desvergonzados. La vergüenza para el usurero es una prenda en mal uso, por la que no pueden prestarse dos pesetas; en algunas ocasiones se avergüenzan de ser

sensibles, pero se les pasa pronto y vuelvan á su ser natural. Para el pobre la vergüenza es una sobra ó una falta; pobre con vergüenza es dos veces pobre ó dos veces vergonzoso; el de pobre vergonzante es un oficio que da buenos resultados, porque es pobre de vergüenza pública, ó reconocida oficialmente en sociedad. La vergüenza para algunos individuos no puede ir mal vestida; para estos una levita raída es un motivo de vergüenza, y no consentirían por nada en el mundo en sufrir semejante vergüenza. La mujer considera la vergüenza como una joya de inestimable valor; hay excepciones, porque algunas mujeres carecen de fortuna para usar ciertas joyas; otras las pierden y en la plana de anuncios de los periódicos se leen con mucha frecuencia pérdidas de alhajas. Algunos sujetos creen que la vergüenza es relativa; sufren un pentaplé y no sufrirían la duda de su *vergüenzabilidad*. Vulgarmente se dice refiriéndose á un hecho escandaloso que lo que sucede es "una mala vergüenza." Esta variedad de la vergüenza es un sinónimo de la desvergüenza. Sacas á un hombre á la vergüenza, según se usaba en otro tiempo, era probar por medios enérgicos la que poseían los que le miraban. Morir de vergüenza lo mismo puede significar verse afrentado que morir de hambre. Nadie consiente que se ponga en duda la que posee, bajo su palabra; un hombre ó una mujer de vergüenza, son títulos que se conceden al verdadero heroísmo igualmente que al favor. Estos títulos son gratuitos muchas veces; en otros casos se exigen pruebas que atemorizarían al aspirante de más valor. Entre personas principales la vergüenza consiste en no descuidar su vestido, en no faltar á las grandes solemnidades, en tener abono en determinado teatro y en día fijo, en visitar los salones de las familias más conocidas, en no cargar con un melon en verano ni con un chiquillo en ningún tiempo, en no amamantar á sus hijos las mujeres, en acudir todos los años durante la temporada, á bañarse en el mar ó á ver bañar á los prójimos como á sí mismo, etc. Otros consideran hombre ó mujer de vergüenza al que trabaja como un negro y viva lo mismo, al que suda el pan que come y el vino que bebe, al que no llega á pensarse jamás camisa limpia, y anda sucio, y sucio, y mugriento y andrajoso, blasfemando de su existencia y soñando con un porvenir de dinamita. Varios llaman vergüenza al rubor; otros dicen rubor á la vergüenza. La sociedad ha fijado un tipo, una cantidad de vergüenza relativa como el modelo á que ha de sujetarse todo individuo; el que no llega aparentemente al límite marcado, es hombre de poca vergüenza; el que pasa es vergonzoso. He conocido á varios hombres vergonzosos que no vacilaban en estar á cualquier punto si hallaban ocasión oportuna para hacerlo; y, sin embargo, nunca se hubieran atrevido á mirar cara á cara á un hombre, sin avergonzarse. Políticos que, después de haber recorrido todos los partidos militantes, se llaman hombres de vergüenza; maridos embolados que hacen alarde público de su vergüenza; escritores de novion que empiezan por no tener gramática, y concluyen por no tener vergüenza, suponiendo el caso más favorable, y escriben y atacan á personas y cosas respetables, invocando siempre á la deidad desconocida para ellos, que se llama vergüenza. No he conocido cualidad más discutible por los individuos que presumen poseserla; para un hombre de vergüenza, bajo su propio testimonio, difícilmente existe otro que merezca tenerla. Una mujer de vergüenza es una especie de víbora que solamente se ocupa en morder á las demás. Recuerdo que, siendo yo chico, me daban en algunas ocasiones mis profesores de primera enseñanza para animarme á responder á sus preguntas, referentes al P. Ripalda ó á la Gramática de la lengua: "No tengas vergüenza." Este consejo me parecía á mí muy serio y discreto; pero cuando llegué á la edad viril comprendí toda la importancia del consejo. Sin embargo, mis maestros no habían sacado partido de

La parte más antigua de las ruinas que del castillo se conservan, pertenece al siglo XV, y lleva el nombre de *Ruprechtshausen*.

A partir del siglo XV cada elector ha contribuido con su obolo al embellecimiento del castillo de Heidelberg. La torre partida data del reinado de Federico I; la torre octogonal se debe á Luis el Pacifico; Othon Enrique hizo construir el palacio que lleva su nombre; la torre de la Biblioteca fué terminada en 1631 por Federico V, rey de Bohemia, que también hizo construir el palacio saglio.

Aquel conjunto de palacios, torres y castillos, sufrió mucho en la guerra de los treinta años; pero después de la paz de Westphalia, el elector Carlos Luis mandó que se reparasen todos los desperfectos.

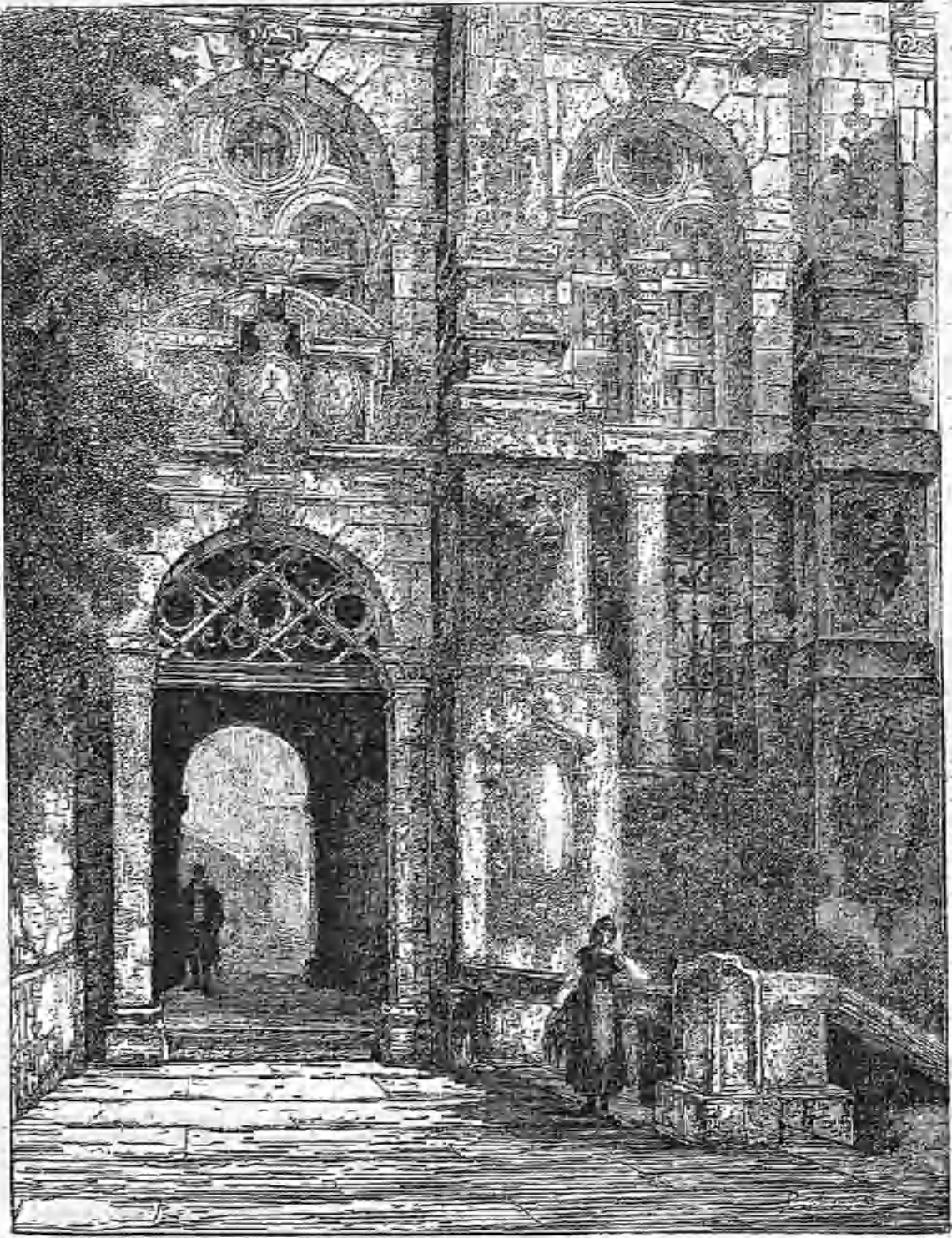
En 1671, Isabel Carlota, hija del Elector, casó con Felipe de Orleans, hermano de Luis XIV. Este matrimonio tuvo funestas consecuencias para Heidelberg, porque durante la guerra, que estalló por motivos de la herencia, el castillo fué tomado por los franceses en dos ocasiones, y arruinado.

Carlos Teodoro emprendió la reconstrucción del palacio de sus antecesores; pero en 1764 el fuego del cielo completó la obra destructora, empezada por la artillería francesa.

Al entrar en el patio del castillo de Heidelberg por la puerta grande,—dice Víctor Hugo,—se ofrecen á la vista los dos altos frontones triangulares de aquella fachada sombría del palacio de Federico IV, donde, entre cuatro órdenes de ventanas, se ven las esculturas, representando á nueve palatinos, dos reyes y cinco emperadores.

Desde la torre, acabada en 1633, y arruinada en 1683, se descubre un gran panorama; el valle de Neckar y las ruinas del famoso castillo. Los muros de aquella torre tienen 7 metros de espesor.

El palacio de Federico IV, cuya fachada ofrecemos en nuestro grabado de hoy, encierra el museo Grámburg, donde se guardan muchas porcelanas, un cuadro de Lucas Cranach, un diploma manuscrito de Arnolfo, nieto de Carlo Magno, una bula manuscrita de Alejandro IV, la sortija de Lotero, y varios planos y dibujos del castillo.



El castillo de Heidelberg.

LA VERGÜENZA.

He oido hablar muchas veces de dicha sañon, y confieso con ingenuidad que todavía no he llegado á comprender la que se usa, según la variedad de retratos y descripciones que he visto de tan recomendable cualidad, aunque para mí presumo tener la mía. No quiero hacer aprecio de la definición vulgar que la pinta de color verde y atribuye su desaparición á un pollino.

